

ponen ciertos resguardos en el bastidor, para evitar las desgracias que han ocurrido con frecuencia después de la conquista; porque siendo tan común en los indios la embriaguez, subían privados de razón al árbol y perdían fácilmente el equilibrio en aquella altura, que, por lo común, es de sesenta pies.

“Entre los juegos peculiares de los mexicanos, el más común, y el que más los divertía, era el del balón.¹ El sitio en que se jugaba, que se llamaba TLACHCO, era, según la descripción de Torquemada, un espacio llano y cuadrilongo, de cerca de diez y ocho toesas de largo y una anchura proporcionada, encerrado entre cuatro muros, más gruesos en la parte inferior que en la superior, y más bajos los laterales que los dos de los frentes. Estos muros estaban blanqueados y eran muy lisos. Su coronación se componía de merlones, y sobre los dos bajos había dos ídolos, que se colocaban á media noche, en la que precedía á la inauguración del juego, con muchas ceremonias supersticiosas, mientras los sacerdotes bendecían el edificio con otras del mismo género.

“Así lo describe Torquemada; pero en algunas pinturas mexicanas que he visto, se representa la planta del juego muy diferente de la que indica aquel autor. Quizás habría diversas formas de edificios para jugarlo. Los ídolos colocados sobre los muros eran los de los dioses protectores del juego, cuyos nombres ignoro; pero sospecho que uno de ellos sería Omacatl, dios de la alegría. El balón² era de hule ó resina elástica, de tres ó cuatro pulgadas de diámetro, y aunque pesado, botaba más que el de aire que usan en Europa. Jugaban partidas de dos y tres contra tres. Los jugadores estaban desnudos, y sólo llevaban la cintura ó maxtlatl, que la decencia requería. Era condición esencial del juego no tocar el balón sino con la rodilla,³ con la coyuntura de la muñeca, ó con el codo, y el que lo tocaba con la mano, con el pie ó con otra parte del cuerpo, perdía un punto. El jugador que lanzaba el balón al muro opuesto, ó lo hacía botar en él, ganaba un punto. Los pobres jugaban mazorecas de maíz, y aun á veces la libertad; otros jugaban cierto número de trajes de algodón, y los ricos alhajas de oro, joyas y plumas preciosas. En el espacio que mediaba entre los jugadores había dos grandes piedras, como las de nuestros molinos, cada una con un agujero en medio algo mayor que el balón. El que hacía pasar el balón por el agujero, lo que raras veces sucedía, no solamente ganaba la partida, sino que por ley del juego, se apoderaba de los vestidos de todos los presentes, y aquel golpe se celebraba como proeza inmortal.

Este juego era muy apreciado por los mexicanos y por todos los pueblos de aquel país, y tan común, cuanto se puede inferir del número extraordinario de balones que

1 Es el juego de pelota.
2 Pelota.
3 Se volvía la pelota con las nalgas.

pagaban anualmente, como tributo á la corona de México, Tochtepec, Otatitlán, y otros pueblos, que solían enviar hasta diez y seis mil. Los reyes jugaban con frecuencia, y se desafiaban unos á otros, como hicieron Moteuczoma II y Nezahualpilli. Hoy no está en práctica en las naciones del imperio mexicano; pero lo han conservado los nayaritas, los ópatas, los taramaues, y otros pueblos del Norte. Cuantos españoles han visto este juego en aquellas regiones, se han maravillado de la prodigiosa agilidad con que lo ejecutaban.

(Diccionario Universal de Historia y Geografía.)

Tlachco, quiere decir lugar del juego de pelota: el asunto ha sido objeto de un Boceto original de uno de los pintores de la Academia de Bellas Artes, el Sr. Juan Ortega.

No están demás los interesantes pormenores que de este juego nos da el Padre Fray Diego Durán, que vienen á completar lo que se sabe sobre la materia.

Tlachtili, ó Tlachtil, el juego de pelota.

“Eran estos juegos de pelota largos de á cien pies y de á ciento y cincuenta, y de á doscientos pies, donde cabían por aquellos rincones cuadrados, que á los cabos y remates del juego tenía cantidad de jugadores que estaban en guarda y con aviso de que la pelota no entrase allí poniéndose los principales jugadores en medio para hacer rostro á la pelota y á los contrarios, por ser el juego á la misma manera que ellos peleaban ó se combatían en particulares contiendas. En medio de este cercado, había dos piedras fijadas en la pared frontera la una de la otra: estas dos tenían cada una un agujero en medio, el cual agujero estaba abrazado de un ídolo, el cual era el Dios del juego: tenía la cara de figura de un mono, la cual fiesta como en el calendario se ve, se celebraba una vez en el año, y para que sepamos de qué servían estas piedras, es de saber: la piedra de la una parte servía de, á los la una banda para meter por aquel agujero, que la piedra tenía, la pelota, y la otra del otro lado para los de la otra banda; y cualquiera de ellos que primero metía por allí su pelota ganaba el precio. También les servían aquellas piedras como de cuerda, pues que en derecho de ellas por el suelo, había una raya verde ó negra hecha con cierta hierba, que el ser con aquella hierba en particular, y no con otra, no carecía de superstición. De esta raya había de pasar siempre la pelota donde no perdían, porque aunque la pelota viniese rodando por el suelo como le hubiese dado con las asentaderas, ó con la rodilla, como pasase de la raya dos dedos que fuesen, no era falta, la cual si no pasaba lo era. Al que metía la pelota por aquel agujero de la piedra lo cercaban allí todos y le honraban y le cantaban cantares de alabanza y bailaban con él un rato, y le daban cierto premio particular de plumas ó mantas, bragueros, cosa que ellos tenían en mucho, aunque la honra era lo que él más estimaba, y de lo que más causal hacía, porque casi le honraban como á hombre que en combate particular, de tantos á tantos, hubiese vencido

♣ y dado fin á la contienda.

“Todos los que jugaban este juego lo jugaban en cueros, puestos, encima de los bragueros que á la continua traían, unos pañetes de cuero de venado, para defensa de los muslos, que siempre los traían raspando por el suelo. Poniánse en las manos unos guantes para no lastimarse las manos, con que siempre andaban afirmando y sustentándose por el suelo. Lo que jugaban eran joyas, esclavos, piedras ricas, mantas galanas, aderezos de guerra, ropas y aderezos de mujeres. Otros jugaban las mancebas, lo cual se ha de entender que era, como dejo dicho, entre gente muy principal de Señores y capitanes y hombres de valor y estima, al cual juego acudía gran multitud de señores y caballeros, y jugábanlo con tanto contento y regocijo, remudándose unos agora y otros después, y otros de ay á un rato, para gozar todos del regocijo y solaz, que se les ponía el sol en aquel contento. A algunos de estos sacaban muertos de aquel lugar, y la causa era que como andaban cansados y sin huelgo tras la pelota á un cabo y á otro, viendo venir la pelota por lo alto, por alcanzar primero que otros á recudilla, les daba en la boca del estómago, ó en lo gueco, que sin huelgo ninguno venían al suelo, y algunos morían de ello en aquel instante, de aquel golpe, por meterse con codicia de alcanzar la pelota antes que ninguno de los demás. Esmerábanse algunos en jugar este juego, y hacían tantas gentilezas en él, que era cosa de ver, especialmente una contaré, que vi de muchas veces hacer á indios que lo habían ejercitado y era, que usaban de un bote y boleó curioso, que viendo la pelota por alto, al tiempo que llegaba al suelo, eran tan prestos en llegar juntamente la rodilla al bote, ó las asentaderas, que hacían volver la pelota con una velocidad extraña. Con estos botibolos padecían detrimento grandísimo en las rodillas ó en los muslos, de suerte que los que por gentileza usaban de ellos, á menudo quedábales el cuadril tan magullado se hacían sajar aquellos lugares con una nabaja pequeña, y esprimían aquella sangre, que allí habían llamado los golpes de la pelota.

“Esta pelota como la habrán visto algunas personas, es tan grande como una pequeña bola de jugar á los bolos. Llámase la materia de esta pelota *olin*, lo cual en nuestro castellano he oído nombrar por este nombre, batel, lo cual es una resina de un árbol particular que cocida se hace como unos niervos: es muy tenida y preciada de éstos, así para medicinas de enfermos como sacrificios. Tiene una propiedad que salta y repercute hacia arriba y anda saltando de aquí para allí, que primero cansa, que la tomen los que andan tras ella.”

(Fray Diego Durán.—“Historia de las Indias de Nueva España.”—Tom. II, pág. 243.)

Deleitábanse los mexicanos en otro, que nuestros escritores han llamado PATOLLI, aunque es voz genérica, que significa toda clase de juego. Describían sobre una estera fina de palma un cuadro, dentro del cual trazaban dos líneas diagonales y dos transversales. Echaban en vez de dados, unas judías grandes señaladas con puntos. Según

el punto que resultaba, quitaban ó ponían unas piedrecillas en los ángulos de las líneas, y el primero que tenía tres de ellas en fila, ganaba el juego.

Bernal Díaz habla de otro juego en que solía divertirse el rey Moteuczoma, durante su prisión, con el conquistador Cortés, y que, según él dice, se llamaba totolouque. Tiraba desde lejos aquel rey ciertas pelotillas de oro muy lisas, á unos pedazos del mismo metal que se ponían por blanco, y el primero que hacía cinco puntos ganaba algunas joyas, que era lo que se atravesaba.

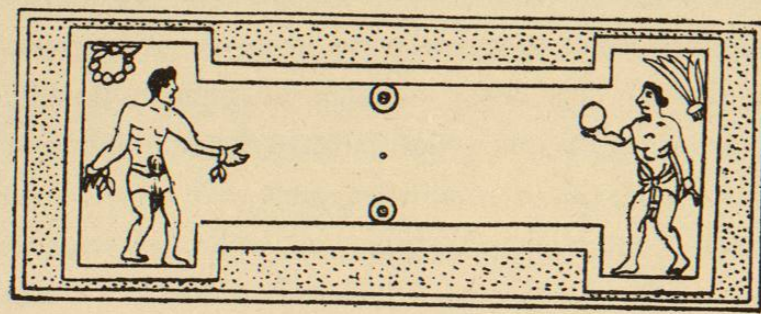
Había entre los mexicanos hombres diestrisísimos en juegos de manos y pies. Echábase uno de espaldas en tierra, y alzando los pies, sostenía en ellos una gruesa viga, redonda, y de ocho pies de largo. Arrojábala á cierta altura, y volvía á recibirla y sostenerla en los pies; después la tomaba entre los dos y la hacía girar violentamente, y lo más extraño es que solían ponerse dos hombres á horcajadas en las dos estremidades, como yo lo he visto hacer muchas veces. Hicieron este ejercicio en Roma dos mexicanos enviados por Cortes, á presencia del papa Clemente VII y de muchos príncipes romanos, con singular satisfacción de aquellos ilustres espectadores. Era también muy común entre ellos otro juego llamado en algunos países las fuerzas de Hércules. Ponfase un hombre á bailar; otro, en pie sobre sus hombros, lo acompañaba con algunos movimientos, y otro, en pie sobre la cabeza del segundo, bailaba y daba otras pruebas de agilidad. Otro ejercicio practicaban alzando una viga sobre los hombros de dos bailarines y otro se ponía en pie, y bailaban sobre su estremidad. Los primeros españoles que vieron estos y otros juegos de los mexicanos, se maravillaron tanto de su agilidad, que sospecharon la intervención del demonio, sin hacerse cargo de lo que puede el ingenio humano ayudado por la constancia y la aplicación.

(Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice, Tomo II, pág. 696.)

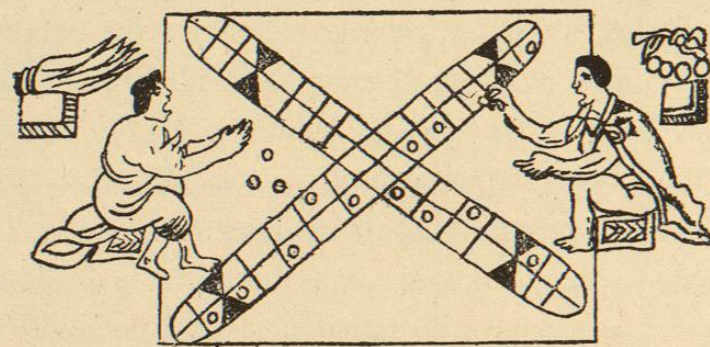
“Había otro juego que era, que hacían encima de un encalado, unos ojos pequeñitos á manera de fortuna; el uno toma diez piedras y el otro otras diez, y el uno ponía sus piedras por la una acera, y el otro por la otra, en contrarias partes, y con unas cañuelas hendidas por medio, daban en el suelo y saltaban en alto; y tantas cuantas cañuelas caían lo güeco hacía arriba tantas casas adelantaban sus piedras, y así seguían el uno al otro y todas cuantas chinas le alcanzaba se las iba quitando, hasta dejalle sin ninguna, y acontecía habelle quitado cinco y seis, y con las cuatro que le quedaban, decirle también las cañuelas que revolvió sobre el otro y ganalle el juego. Había este juego de la estera, que era el que más recio se jugaba, casi como entre nosotros, la primera, ó las presas que son juegos para de presto, como dicen á este juego: podían jugar muchos juntos y de compañía, como querían, y así era el juego más usado que había, del cual principalmente pienso tratar y declararlo, pues nuestro principal intento es en este capítulo tratar de él y del modo que

de jugalle tenfan, para lo cual es de saber, que al juego que sobre esta estera jugaban llamaban *patolli*, que es el mismo vocablo que agora llamamos naypes. Sobre esta estera tenfan pintada una aspa grande, de que tomaban el petate de esquina á esquina; dentro del hueco de esta aspa, había atravesadas unas rayas que servían de casas, la cual aspa y casas estaban señaladas y rayadas con olin derretido, el cual olin queda declarado lo que era: para estas casas había doce piedras pequeñas, las seis coloradas y las seis azules, las cuales piedrezuelas partían entre los

TLACHTLI.



PATOLLI.



que jugaban á cada cual tantas: si jugaban dos, que era lo ordinario, tomaba las seis, y el otro las otras seis, y aunque jugasen mucho, siempre jugaba uno por todos ateniéndose á la suerte de aquel, como entre los españoles se juegan los albures, ateniéndose á la mejor suerte; así se atenían acá al que mejor meneaba los dados, los cuales eran unos frijoles negros, cinco ó diez, como querían perder ó ganar, los cuales tenfan unos agujerillos blancos en cada frijol, por donde pintaban el número de las casas que se aventajaban en cada mano, donde si pintaban cinco, era diez, y diez, veinte, y si uno, uno, y si dos, dos, y si tres, tres, y si cuatro, cuatro, pero pintando cinco, eran

diez, y si diez, veinte; y así, aquellas pintillas blancas eran suertes y cuentas de las rayas que se ganaban, y para mudar las piedras de unas casas en otras. Al cual juego cuando se jugaba acudían tanto miradores y tahures que estaba unos sobre otros sobre la estera unos para jugar otros para apostar, que era cosa extraña. Cuando las rayas de esta estera (si el juego se inventaba de presto) no había *olin* para hacellas, había particulares yerbas para hacer las rayas de aquella fortuna, como eran hojas de calabaza, ó la misma calabacilla pequeñita, ó una yerba que ellos llamaban *chichicpatly*, que quiere decir la medicina amarga, ó con tizne de ocotl, en lo cual mezclaban superstición, por causa de que había de ser con esta yerba, y con esta y no con otra, siempre teniendo obgeto á idolatría. Andaban los tahures de este juego, siempre con la estera debajo del sobaco, y con los dados atados á un pañito, como algunos tahures de este tiempo, que siempre andan apercebidos con los naypes en las calzas, de tablage en tablage; aquellos dados juntamente con las piedrezuelas del juego, traían en una *baserita*¹ pequeña á los cuales hacía reverencia, como á dioses, fingiendo en ellos haber alguna virtud, y así les hablaban cuando jugaban como á cosa que tuviese algún sentido ó inteligencia, de lo que le pedían; y no me espanto ni me maravillo que les hablasen, pues era gente de no tan agudo juicio como los son los de nuestra nación, les hablasen y pidiesen les fuesen favorables y ayudasen en aquel juego; pues hay cristianos de nuestra nación que presumen de muy delicados juicios, que puestas las manos piden al naype buen punto y buena suerte, y si no le entró, después de haber adorado los naypes, si así se puede decir, (con las manos puestas), decir mil blasfemias contra Dios y sus santos: así estos naturales hablaban á los frijolitos y al petate y decían mil palabras de amor, y mil requiebros y mil supersticiones, y después de habelles hablado, ponían la petaquilla en el lugar de adoración, con los instrumentos del juego y la estera pintada junto á ella, y traía lumbre y echaba en la lumbre incienzo y ofrecía su sacrificio ante aquellos instrumentos, ofreciendo comida delante de ellos. Acabada la ofrenda y ceremonias, iban á jugar con toda la confianza del mundo.

(“Durán.—“Historia de las Indias de Nueva España. —Tomo II, pág. 234.”)

¹ Tal vez bolsita.

CAPITULO XIV.

RITOS DE LOS MEXICANOS EN EL NACIMIENTO DE SUS HIJOS, Y EN SUS MATRIMONIOS.—SEPULCROS.

RITOS DE LOS MEXICANOS EN EL NACIMIENTO DE SUS HIJOS.



UANDO salía á luz el niño, la partera después de haberle cortado el cordón umbilical, y enterrado la secundina, le lavaba el cuerpo, diciéndole estas palabras: “Recibe el agua, pues tu madre es la diosa Chalchiuhueye. Este baño te lavará las manchas que sacaste del vientre de tu madre, te limpiará el corazón, y te dará una vida buena, y perfecta.” Después volviéndose á la diosa le pedía la misma gracia, y tomando otra vez el agua con la mano derecha, y soplando en ella, humedecía la boca, la cabeza y el pecho del niño. Seguía á esto un baño general, durante el cual decía la partera: “Descienda el dios invisible á esta agua, y te borre todos los pecados y todas las inmundicias, y te libre de la mala fortuna,” y dirigiendo la palabra al niño continuaba: “Niño gracioso, los dioses Ometeuctli, y Omecihuatl te eriaron en el lugar más alto del cielo, para enviarte al mundo: pero ten presente que la vida que empiezas es triste, dolorosa y llena de males, y de miserias; no podrás comer pan, sin trabajar. Dios te ayude en las muchas adversidades que te aguardan,” y acababa la ceremonia dando lo enhorabuena á los padres y parientes del recién nacido. Si éste era hijo de rey ó de algún señor, visitaban al padre sus principales súbditos, para felicitarlos, y vaticinar buena suerte al niño.

Dado aquel primer baño, consultaban á los adivinos sobre la buena ó mala dicha del niño, informándolos antes del día y la hora de su nacimiento. Los adivinos consideraban la calidad del signo propio de aquel día y del signo dominante en aquel período de trece años, y si había nacido á media noche, comparaban el del día que acababa, y el del que comenzaba. Hechas estas observaciones, declaraban la buena ó mala fortuna del infante. Si era infausta, y lo era también el quinto día después del nacimiento, que era cuando se daba el segundo baño, se prorrogaba esta ceremonia para otro día más favorable. A esta ceremonia, que era más solemne que la primera, convidaban á todos los parientes y amigos, y á muchos niños, y si eran gentes acomodadas, daban un gran banquete y regalaban vestidos á todos los convidados. Si el padre era militar, preparaba para aquel día un pequeño arco, cuatro flechas del mismo tamaño, y un traje, acomodado al cuerpo del niño, de la misma hechura que el que había de usar siendo adulto. Si era artesano ó labrador, preparaba algunos instrumentos pequeños análogos á su oficio ó profesión. Si era niña, le apercebían un traje correspondiente á su sexo, un huso pequeño, ó algún otro utensilio para tejer. Encendían muchas luces, y la partera, tomando al niño en brazos, lo llevaba por todo el patio de la casa, y lo colocaba sobre un montón de hojas, junto á una vasija llena de agua, y puesta en medio del patio. Allí lo desnudaba diciendo: “Hijo mío, los dioses Ometeuctli, y Omecihuatl, señores del cielo, te han mandado á este triste y calamitoso mundo. Recibe esta agua que ha de darte la vida.” Después de haberle limpiado la boca, la cabeza y el pecho, con fórmulas semejantes á las del primer baño, le lavaba todo el cuerpo, y frotándole cada uno de sus miembros le decía: “donde